

## INCERTIDUMBRE: REFLEXIONES SOBRE LA REALIDAD

Principio de la incertidumbre: *“Todo lo que estudies, lo cambiarás”*.

### PRÓLOGO

Cuando algunos amigos vieron las primeras pruebas de la tapa de éste libro, - que no es más que una serie de reflexiones sobre lo que puede ser la realidad y por consiguiente la incertidumbre que puede atravesar a los mortales al vérselas con lo real- la pregunta fue obvia: ¿por qué un sólo ojo?

La respuesta considero que también fue simple y acorde a la pregunta: ¿Puedo acaso ver la realidad con un solo ojo? Eso sería un recorte demasiado brutal, un reduccionismo absurdo y hasta perverso. De hecho la visión mono ocular no permite siquiera ver perspectiva, es decir en tres dimensiones, Es posible que tampoco me alcancen dos ojos para ver la realidad. Seguramente no. ¡Pero con uno. . . . !

Entonces me pareció coherente el motivo de la tapa. Tal vez, un humano desnudo hubiera sido más representativo para estas reflexiones como metáfora, pues creo que solo desnudo - y no me refiero a la carencia de ropas, sino a la desnudez total, a aquella que orilla el vacío- se puede comenzar a indagar sobre lo real. Pero como los libros no tienen horario de protección al menor, la mirada de un solo ojo, a las veces de un gran cíclope, me sedujo.

Pobre Polifemo, bajo los efectos del alcohol, adormecido, le dio la oportunidad a Ulises de cegar su único ojo para poder escapar de la isla del hijo de Poseidón. ¿Cómo habrá sido la realidad para Polifemo, viendo todo con un solo ojo? ¿Cómo habrá sido su realidad a partir de la ceguera? Y me pregunto y le pregunto a usted: ¿Hubo cambios en la percepción del mundo del cíclope antes y después de la pérdida de la visión?

Y vuelvo a preguntar: ¿Cómo es su realidad amigo lector? ¿Cómo la mía? Seguramente debe haber diferencias, tanto de formas como de fondo, más allá de que pertenezcamos a la misma especie. Algo así como que su mundo y el mí son sensiblemente deferentes. Lo percibimos diferentes, por consiguiente lo interpretamos diferentes y entonces respondemos en forma distinta. Vaya problema.

Mal principio para filosofar sobre la incertidumbre que nos produce lo real, ya que usted, yo, el otro, en síntesis todos, llevamos algo de cíclope encima, cargamos con una mirada tan sesgada, que a veces duele, claro, si acepto la deficiencia de esa visión, de mi visión, de lo contrario, el mito de la caverna sigue siendo tan actual como hace veinticinco siglos cuando fue proclamado.

El aceptar la limitación de mis percepciones, genera una insatisfacción peculiar, un sentimiento de ansiedad y de vacuidad, cuyos motivos no son visibles y que no encuentran curación con ninguno de los remedios conocidos.

Lo que antes era obvio, - o al menos lo creíamos- el acomodarse a un universo que pretendemos dominar, hoy ya no tiene validez. Parece como que ninguna de las seguridades del mundo cura las dolencias, ya no hay riquezas capaces de colmar ese vacío. Tratar de vérselas con la realidad parece que implica pagar altos costos, tal vez demasiados altos.

Pero un día, cuando los mortales reconocemos que somos eso, mortales, comenzamos a hacer balance de lo que fue, de lo que ya no está, de lo que ganamos pero también de lo que perdimos, y a partir de ese punto de inflexión, aquel vacío se torna insoportable. Es en ese momento cuando ya no alcanzan las apariencias y es cuando, como planteaba Suzuki, se produce una especie de gran silencio, un algo de imperturbabilidad, como si se estuviera contemplando la eternidad. Y ese silencio no es ausencia de vida, sino por el contrario, es el silencio de la cumbre de lo insondable.

Es un silencio que exige a gritos respuestas, aunque estas nunca se encontraran, más allá de que existieran.

Ese silencio, ese vacío colmado de incertidumbre, se me sugiere sumamente real, un momento donde me enfrento cara a cara con mi realidad. Alguien podría sostener que es el instante de la verdad sin más. Es el espejo justo delante de mí, el que me devuelve lo que soy, lo que fui y quizás –aunque sin certezas- lo que podré ser.

La incertidumbre frente a lo real; un solo ojo se me sugiere una buena metáfora. Pero para captar la realidad, seguramente tendremos que abrir más ojos, y quizás no contemos con tantos. ¡Que terrible!. Hora de reflexionar pues.

## **LAS DIMENSIONES DE LA REALIDAD**

Pasaron muchas décadas desde la primera vez que tuve contacto con "El Principito" de Saint Exurery. Concretamente cuatro décadas. Y digo desde la primera vez porque nunca pasa demasiado tiempo sin que vuelva

a releerlo. ¿Recuerdan el principio de la obra? Un niño que andaba deambulando, mostrando su dibujo y preguntando a todos los adultos que veían en él. Todos contestaban lo mismo: un sombrero.

El principito, entre triste y enojado, no podía entender como nadie interpretaba lo que el dibujo significaba: un elefante que había sido tragado por una gran boa. El niño de rizos dorados no concebía como las personas –adultos en todos los casos- no podían ver simplemente “la realidad”. Por otro lado una realidad obvia, esa que estaba allí, frente a los ojos de todos.

Y de aquí para allá, andaba el joven con su simple dibujo preguntándose donde existirían personas capaces de decodificar su obra. Donde habría adultos con la simple visión de descubrir algo tan elemental. ¿Dónde?

Supongo que al igual que usted y que yo, todos los hombres vamos recorriendo nuestras vidas con algún gráfico, esperando encontrar congéneres que simplemente descubran el elefante oculto dentro de la boa.

Desde ya, la ventaja que tenía el niño de rizos dorados –al igual que todos los niños- es que no se encontraba contaminado con el mundo aparente de los miedos crecidos de los adultos, de los jactanciosos, de los propagadores de angustia crónicamente angustiados. Esos adultos que solo pueden ver la realidad de lo obvio. A veces de lo demasiado obvio.

Pues a veces la realidad supera ampliamente a la obviedad, al envoltorio, al disfraz.

Los antiguos griegos sostenían que el principio de la sabiduría, es la conciencia de la propia ignorancia y el drama del hombre radica en que él mismo es un misterio que hay que desvelar y una promesa a la que es necesario ponerle realismo.

Las dimensiones de la realidad son múltiples y complejas. El homo sapiens ha recorrido un largo camino desde su aparición hasta hoy, y es precisamente hoy, - los hombres del siglo XXI, huérfanos de espiritualidad y llenos de contradicciones- que nos planteamos una pregunta de orden puramente existencial ¿somos capaces de comprender la realidad o solo estamos preparados para percibir imágenes proyectadas por una máquina sobre un gran telón, máquina de la cual no sabemos siquiera de donde origina las imágenes?. ¿Podremos ver alguna vez al elefante engullido?

Jacobo Burckhardt, en su libro sobre la decadencia de Roma, señala con que facilidad el pueblo romano adhería a cuanta doctrina exótica y extravagante llegaba a ellos. Existía como una fascinación por la búsqueda de cosas nuevas, seguramente porque sus tradiciones ya no les parecían válidas, ya no eran a su entender sólidas, confiables, aptas para seguir cimentando la estructura de la vida. Entonces para encontrar un nuevo sentido a la vida, había que encontrar algo nuevo.

Es notable, pasaron dos milenios, y la similitud con nuestra época es demasiado evidente. Demasiado.

Obviamente, las concepciones de la vida que hemos heredado, no alcanzan para satisfacer nuestras vastas necesidades actuales, las cuales siempre se encuentran *in crescendo*. Es como que se hace imprescindible algo así como una nueva sabiduría, lo que por cierto no resulta fácil encontrar y va de suyo que no se llegará a ella por el solo camino del conocimiento científico o tecnológico. Tampoco considero que un misticismo exacerbado sea la ruta a tomar. Tal vez el camino "del medio" como han tratado de transmitirlo la mayoría de los profetas sea el posible. Pero claro, es solo una opinión, la cual puede estar totalmente errada.

Las formas como actuamos y conferimos sentido a la vida, se sustentan tanto en la historia como en las prácticas vigentes de la comunidad a la que pertenecemos. Nos constituimos dentro y a partir de discursos históricos, por lo cual si queremos conocer al individuo, debemos conocer esos metarrelatos a partir de los cuales se realiza como tal. Metarrelatos, que para ese hombre en cuestión son sin más la realidad misma.

Los hombres no contamos con plena libertad. La mayoría de nuestras creencias, valores y paradigmas, no tienen su origen en nosotros mismos, sino en la comunidad donde nos desarrollamos. De allí que a veces podemos conformarnos con ciertos estándares sociales, y por muy diferentes que seamos – o queramos ser- a nuestra comunidad, siempre seremos un producto de nuestras condiciones sociales e históricas. Simplemente porque los seres humanos somos criaturas sociales e históricas.

El término persona, en su origen en latín, significaba "máscara", el "proposon" de los griegos. Un rígido caparazón externo que aparentemente protege a los mortales de los impactos cotidianos. Era la máscara que utilizaban los actores para representar los dramas en la escena antigua, mas allá de si ese drama tomaba forma de comedia o de tragedia.

Nuevamente pasaron milenios y hoy al igual que en el teatro greco-latino, nos servimos de muestras máscaras para salir al escenario de la vida social, día a día, momento a momento. Salir a la realidad, o al menos lo que creemos que ella es.

Nuevamente el parecido es demasiado evidente. Demasiado.

Pero la máscara es más que un simple caparazón, esta más allá de la armadura. La máscara permite que todo sujeto concretamente cuente con una categoría dentro de la cual sea posible encuadrarlo.

El ser humano nace como un organismo no del todo desarrollado, necesita relacionarse con los otros y con el medio ambiente durante un largo periodo en el cual completa su crecimiento. Y el medio se le presenta mediatizado por los otros.

Mientras el hombre va camino a lo que podríamos llamar su maduración, no esta preparado para cuidar de si mismo. Los otros le permiten sobrevivir y a la vez, -pequeño detalle- le aportan los elementos con los que hará su interpretación de la realidad. De su realidad. Entre otras cosas le aportaran seguramente una máscara, que el individuo en cuestión decidirá con el tiempo si la mantiene, la perfecciona, la pule, o si

adoptará otra u otras con el devenir del tiempo. También podrá decidir si un día deja de usarlas para continuar desnudo el tiempo que le quede.

El hombre tiene entonces el doble trabajo de descubrir el mundo y de hacerse a si mismo para desenvolverse en ese mundo. Y ambas tareas debe hacerlas a la par. Esa es su propia tarea.

El hombre nace en una sociedad que existe con anterioridad a él y que tiene una estabilidad pautada. Este mundo preexistente es complejo y posee una serie de perspectivas que son aprehendidas desde la niñez a través de la socialización, lo cual implica, entre tantas otras cosas, la inducción al uso de la máscara.

Con el tiempo, uno va descubriendo su propia máscara y si quiere ir más allá, entonces deberá arrancársela y enfrentarse a su soledad lo que es algo parecido a enfrentarse a su propia realidad. Enfrentarse a la imagen que devuelve aquel espejo al que me refería página atrás. Pues atravesar la armadura puede revelar una realidad no tan agradable como la imagen que tenemos de nosotros mismos.

Tal vez, ver un sombrero sea más digerible y menos traumático que ver a una gran serpiente tragándose a un paquidermo. De hecho, se me sugiere que pasarse la vida metabolizando elefantes debe ser sumamente molesto y agotador para cualquier aparato digestivo, no obstante pareciera que empeñamos gran parte de nuestras vidas en entrenar a los jugos gástricos en digerir cosas, a veces, más pesadas que elefantes.

Como plantea Weisse, máscara, persona e hipocresía constituyen un conjunto que implica un velo con el que se oculta lo real, pero que al mismo tiempo presenta y da forma a la escena del mundo en la que es posible vivir con los otros y con uno mismo, permite construir una ficción, un sentido para dirigir nuestros pasos. Pero no olvidemos nunca que la máscara revela tanto como oculta.

La sociedad, el entorno, las contingencias precisan y exigen la aplicación de rótulos fácilmente legibles y el individuo, la persona, procura crearse la máscara más conveniente para satisfacer aquella clasificación. La máscara se convierte pues en el ideal consciente de su personalidad, con la cual la persona se presenta ante sus relaciones sociales. La máscara es simplemente una gran tarjeta de presentación: *" yo soy esto, con mi teléfono, mi mail, mi dirección y fundamentalmente mi máscara"*. De hecho pareciera que es mucho más fácil cambiar de máscara que mudarse o conseguir una nueva línea telefónica.

Entonces la vida, es hasta cierto punto un desfile incesante de máscaras. Me pregunto y le pregunto ¿ serán las máscaras parte de las dimensiones de la realidad? Y más aún ¿ existirá una realidad carente de máscaras? Sería maravilloso poder reconocer, aunque sea a veces, que

cosas se encuentran dentro de las boas, y no seguir por siempre viendo sombreros. Estos tampoco son fáciles de digerir.

Djojakarta, Java, principios de julio. Mas de treinta y seis grados centígrados, humedad como siempre, ciento por ciento y ya anocheció. Gran parte de la población está alborotada por la festividad de ésta noche, por supuesto como en cualquier otro lugar del planeta, los niños no ven la hora de partir. La fiesta es en un pueblo muy cerca donde se festeja la llegada de los monzones que este año vienen algo atrasados. Estas lluvias aterradoras, que cuando comienzan no parecen acabar nunca y que si embargo fueron y son fundamentales para el desarrollo de la vida agrícola en gran parte del continente asiático.

A través de los años he tenido la oportunidad de presenciar docenas de rituales conmemorativos por este extenso continente, pero cada vez que me sumerjo en uno, siento las mismas sensaciones que la primera vez, y hace de esto décadas. Pues es como atravesar el portal a otra dimensión, carente de tiempo y espacio, algo así como penetrar en una combinación de ucronía y utopía, en síntesis un no tiempo y un no lugar. Algo que es imposible definirlo como real o como ideal. ¿Qué loco no?. Bueno, después de todo, que sería de la vida sin algo de locura, sea esta real o no.

El rito y el mito, constituyen un microcosmos con un orden propio, diferente a la lógica que rige la vida ordinaria. Algo así, como un escenario distinto a la confusión inherente de nuestra realidad inmediata. La oposición mito-realidad, es como el enfrentamiento orden-caos, o claridad-confusión. Tal vez, porque no, la confusión cotidiana es pues máscara de la realidad y el rito y el mito por su parte, expresiones de la verdad. Algo así como que la realidad mostrara sus rostros más secretos en los rituales.

La realidad se revela entonces como infinitos velos superpuestos – máscaras- que van cayendo uno a uno, develando inagotables rostros.

El rito y el mito demarcan una débil línea que separa la fantasía de la realidad. En ellos lo real se desvanece. La frontera entre lo que es y lo que puede ser se transforma en un banco de niebla tan denso, que dentro de él es difícil orientarse, algo así como caminar sin rumbo, a la espera de un viento revelador que disipe la bruma y ayude a descubrir el rumbo.

Compleja dimensión de la realidad el mito. Para Mircea Eliade, los mitos cuentan historias sagradas ocurridas en los comienzos del tiempo, el *illo tempore*. El mito tal vez tenga su génesis en la tierra de nunca jamás, pero da respuesta a grandes interrogantes y sentido a la vida, cumpliendo una "real" función ordenadora y ejemplificante.

Pensadores como Barthes, sostienen que el objetivo de los mitos es inmovilizar al mundo. Labourdette afirma que el racionalismo ha hecho creer que el mito se disipa y pertenece a edades y espacios arcaicos. Para Jung en cambio, todo el interés y la energía que el hombre moderno

invierte en técnica, lo consagraba el hombre de ayer a su mitología. Durand plantea que el mito contiene su propio sentido, su propia realidad, desbordando de esta manera la linealidad del significante. Freud consideraba al sueño como mitología del durmiente y al mito como sueño del despierto. García Pelayo está convencido que las funciones míticas son esclarecedoras, integradoras y movilizadoras. Como podemos ver no todos los pensadores concatenan sus ideas con respecto a la dimensión abarcativa del mito y la realidad.

Al ingresar al gran templo donde se realizará la ceremonia y se harán las ofrendas, se me pide que me coloque una máscara, que elija la que más me guste. No es tarea fácil, hay cientos de ellas sobre unas tarimas, casi todas diferentes. Difícil elegir. En algunas puedo reconocer a algunas deidades de religiones de estos lugares, en otras los personajes típicos de las danzas balinesas, de hecho la pequeña isla se encuentra a pocos minutos de vuelo de aquí. Gran parte del panteón hindú se encuentra en estos rostros confeccionados con hojas de palmas y papeles de colores.

Recorro con mi vista todo aquello que puedo alcanzar y al final me decido por el rostro de un monstruo atroz. Los lugareños sonrían y hacen gestos de aprobación por mi elección.

Pareciera que los dioses no se encuentran a gusto si ven directamente nuestras caras, o tal vez somos nosotros quienes nos avergonzamos al mirar a los dioses presentándonos desnudos. Como fuera, debo cubrir mi rostro ¡Como si cinco décadas ya no hubieran dejado sus marcas! Pero como decía mi madre, donde fueras, haz lo que vieras.

¿Qué parte de mi es la que desdibuja la máscara? ¿Cuánto se ha ocultado de mi realidad detrás de esta imagen de monstruo? ¿O quizás esta encubre al verdadero monstruo? Quien sabe.

Ya puedo entrar al recinto sagrado. Al igual que en el carnaval de Venecia, todo a mi alrededor es real y a la vez no lo es. Sin la pompa ni la exquisitez del Gran Canal y la plaza de San Marcos, aquí el acto es el mismo: mostrar otra dimensión de la realidad, tal vez para engañar a los dioses, para atraer las necesarias lluvias, tal vez para engañar a los hombres, tal vez para nada específico.

Hombres y mujeres, todos bajo un disfraz, igual que el chamán del paleolítico, con su máscara y alguna piel de animal sobre su cuerpo para realizar sus rituales. Algo así como si el disfraz otorgara algún poder sobrenatural, Pasaron miles de años, pero el parecido es demasiado evidente. Demasiado.

Pero al igual que en otras situaciones ¿cuál y que es la realidad? De hecho la máscara es real al igual que la persona que la porta. La máscara esta constituida por un material sólido, ocupa un lugar, tiene su volumen ¿quién podría poner en duda su realidad? El hombre que se la coloca también consta de todos los atributos de verdad, lo cual le confiere el estatuto de realidad. ¿Por qué debiera dudar que la concatenación de dos verdades, de dos realidades, pudieran engendrar algo falso, irreal?

Los cánticos y las danzas a mi alrededor van en aumento. Miles de rostros mitológicos me saludan sin descanso, cada tanto vuelvo a identificar alguna deidad de estos lugares. O mejor dicho, a alguien que se esconde detrás del rostro de aquella deidad, ¿o tal vez sea que . . . ?

Nuevamente la pregunta ¿cuántas dimensiones tiene la realidad? ¿Es real la realidad?

A veces me pregunto porque uno se lastima, en algunos casos hasta llegar al punto del masoquismo, planteándose interrogantes con inciertas y dudosas respuestas. De joven cuando preguntaba a mis maestros sobre estos temas, la respuesta era algo así como que estos planteos son inherentes al ser humano y que son ellos los que llevaron al hombre a ir más allá de lo impensable. De adulto, por momentos dudo si también no lo llevaron a la locura. Pero parece que ésta también logro colocar al hombre mas allá de lo posible.

Estamos rodeados de apariencias, pero cuando uno "despierta", quiere conocer la verdad, es decir lo que se oculta detrás de las apariencias. En griego se llamaba *aletheia*, lo des-cubierto, la verdad. Nuevamente el espejo maldito. Cuando la apariencia entra en crisis, cuando ya es insostenible, se produce el colapso. Perder la protección que brindan las apariencias es doloroso, pero saber que uno sale de la oscuridad, es una dicha.

La noche avanza entre cantos, danzas, sahumerios, y todo lo que hace a un gran aquelarre, de hecho esto es algo así como una reunión de brujas y brujos, de realidades ficticias y de ficciones reales para atraer a las deseadas lluvias. Una fiesta de pseudo monstruos, una reunión de humanos enmascarados - o al menos con otras máscaras- pidiéndoles a la vida que por un momento se detenga, a la realidad que cese por un instante de ser tan real, y a lo imaginario que tampoco lo sea tanto.

La raíz de esta sensación de eterna confusión de la conciencia moderna, debemos buscarla en la presente extinción de paradigmas que en otro tiempo tuvieron una enorme fuerza vital. Habría que plantearse si los hombres podrán o no seguir viviendo en una morgue de valores lo que podría conducir a un aminoramiento o a una parálisis del espíritu.

El hombre -aunque a veces no parezca- vive siempre hacia delante, en el deseo que su meta sea alcanzable, que su objetivo llegará a cumplirse. Ese deseo, esas ganas, esa ilusión constituye la dimensión fundamental del porvenir. Como planteaba Dilthey, el hombre no es razón sino historia; no es naturaleza sino biografía.

Deberán surgir nuevas voces, nuevos credos, nuevos significados, pues el principio de los opuestos no permite que el vacío se prolongue indefinidamente.

El tema es que no se tiene claro por que medios habrán de emerger esos nuevos significados. Desde ya que a lo sencillo se tarda tiempo en llegar.

De la misma forma que crece un jazmín, así crece un hombre. La flor se encuentra en potencia ya en la semilla, pero es obvio que no puede vislumbrarse en un primer momento. Lo mismo sucede con las capacidades humanas. No se revelan antes que llegue el momento apropiado, el preciso instante en que el hombre este preparado para florecer.

Un bebé llega al mundo con un potencial extraordinario y se adaptará y modelará al contacto con su entorno cultural. Ha heredado un potencial genético que se transformará en un potencial de energía para actuar y de esta manera armará, poco a poco, su esquema personal de la realidad en la que se encuentra inmerso.

El fundamento germinal –por llamarlo de alguna manera- cuenta con una posibilidad contenida a priori, pero el fruto aguarda un proceso que no puede separarse de la pauta de crecimiento de los códigos del potencial seminal. Pero el hombre debe prepararse, pues de lo contrario, puede que le suceda lo que le pasa a miles de jazmines, nunca florecen.

La pregunta es ¿y cuando es el tiempo?

La historia de la humanidad esta colmada de siglos donde los humanos vivieron desquiciados: guerras interminables, epidemias atroces, calamidades eternas. El Armagedón, el Apocalipsis, se han presentado cientos de veces y no obstante entre reductos de esta infernal matriz, surgieron y se instalaron momentos gloriosos que elevaron al hombre casi a la altura de los dioses.

Claro, estos momentos de trascendencia no duraban demasiado, pero eran lo suficientemente pesados y contundentes para que los humanos volvieran a luchar para reencontrarlos en el futuro.

¿Y cuando es el tiempo? Seguramente cuando se eclipsa la estupidez frente a los valores reales.

Líneas atrás me refería a que cuando los valores del ayer ya no se sostienen, no resultan sólidos, el hombre debe encontrar otros. El pasado debiera ser un gran maestro y no una eterna carga a sobrellevar durante toda la existencia. Desde ya que el pasado es nuestro prólogo, pero si no nos cierra, si es doloroso, insoportable, habrá que buscar nuevos valores.

***Pero cuidado, estoy hablando de valores y no de espejitos de colores.***

Mirar el pasado, implica recorrer la sutil línea de la historia con cuidado, pues puede ser una gran catapulta o la destrucción del presente y por consiguiente el aniquilamiento del futuro.

Al respecto siempre me fascino el mito de Orfeo.

Orfeo fue hijo de Eagro, rey de Tracia y Calíope. Con la lira de siete cuerdas regalada por Apolo, Orfeo se transformó en el mayor poeta y músico de toda la historia. No solo los humanos, sino que las bestias, árboles y rocas se desprendían de sus sitios para seguir el sonido de su música. Se unió a los Argonautas y junto a Jasón fue en búsqueda del Vello de oro y se desposó con Eurídice.

Un día en el valle de Peneo, Eurídice fue acosada por Aristeo y tratando de huir fue mordida por una serpiente, falleciendo en el acto.

Orfeo, inconsolable, descendió al Tártaro, al reino de los muertos en busca de su esposa. Con los sonidos de su lira logro hechizar a Caronte y a Cerbero y hasta logró que la rueda de Ixion dejara de rodar y la roca de Sísifo quedara en equilibrio. Tal fue su seducción, que Hades y Perséfone acceden a devolver a Eurídice frente a tales muestras de amor. Pero ponen una condición: Orfeo volvería a la luz del día seguido por su esposa, sin volver la mirada atrás hasta salir del reino infernal. Ya casi llegaba a la luz del sol cuando vuelve su mirada atrás. Eurídice se desvanece y muere por segunda vez. Orfeo trata desesperadamente de recuperarla, pero esta vez Caronte es inflexible

Por un lado el amor intenso de Orfeo por Eurídice es real, total. Pero por otro lado no puede conservarlo. Orfeo no avanza, vuelve la vista hacia las tinieblas, hacia atrás, hacia el pasado. Al igual que la mujer de Lot convertida en estatua de sal por mirar atrás en la dirección de Sodoma y Gomorra, de esta manera, por momentos me parece que tratamos de buscar la salida del Tártaro y justo cuando parece que la alcanzamos, allí, en ese preciso instante volvemos la vista atrás. Hacia una realidad pasada.

No es el pasado en si lo que puede paralizar al hombre, pues haber sido es la única posibilidad de ser hoy, el tema es que cuando ese pasado se transforma en un *continuum* en el presente, convirtiéndose en un cepo, ver la realidad del hoy, se hace prácticamente imposible. No creo que se pueda ver la realidad en un estado de asfixia.

Es necesario distinguir cuando un canto es de sirenas, como pudo diferenciar Ulises. El canto fatuo es la tentación de beberlo todo, de la inmediatez, pero después de ese momento inmediato hay un futuro. Establecer el límite del *carpe diem* –el hacerlo ya, el vivir al día- es la piedra angular del conflicto. El límite de cuanto se le da al pasado y al presente y cuanto se reserva para el futuro y en que medida no se incinera el mañana en un pasajero ayer, es de vital importancia. Claro, los cantos de sirenas parecen tan reales - y de hecho lo son- que lograban que todas las naves naufragaban estrellándose contras las rocas.

Vivir en el presente, solo en el presente y no en función del pasado y el futuro, es algo así como una pérdida de sentido de continuidad histórica, es una destrucción del sentimiento de pertenencia a una sucesión de generaciones en el pasado y que se prolonga en el futuro. Este vivir en el presente continuo es una de las tantas marcas que caracteriza a la sociedad narcisista.

Hoy se vive para uno mismo, careciendo de preocupaciones por las tradiciones y la prosperidad. El sentido histórico se ha perdido al igual que

los valores y las instituciones. Las crisis de confianza, la angustia creciente, las catástrofes en todos los ámbitos de la existencia, un clima de pesimismo –solo por nombrar algunas características de la posmodernidad- dan paso a las estrategias narcisistas de supervivencia.

Cuando el futuro se presenta amenazador, imprevisible, incierto, solo queda la retirada sobre el presente, al que hay que proteger a cualquier costo. Ya no hay retaguardia, y la vanguardia fue retrotraída, la actitud con respecto al tiempo histórico se transformó en indiferencia. De allí la sociedad narcisista, síntoma de la crisis generalizada de la actualidad.

El desencantamiento por la decadencia produce un nuevo sistema de vida: la tanatocracia, estructura instalada mediante una inédita apatía, una increíble desensibilización social, por una sobre información donde los hechos se suceden de forma tal que impiden cualquier emoción duradera, en síntesis, sobre la muerte.

Desde la escuela nos enseñaron que vivíamos en tres dimensiones, así que gracias a Euclides ya podíamos ubicarnos en el espacio mediante coordenadas. La realidad estaba bajo control, ancho, largo y alto. De más grandes interpretamos el tiempo como una cuarta dimensión. Ya no solo sabíamos donde estábamos sino que ahora lográbamos saber cuando estábamos. Fácil, muy fácil. Hasta aquí.

Luego aprendimos que tanto la dimensión del espacio como la del tiempo estaban a la vez sujetas a la velocidad. Luego, entro en juego la variable de la aceleración. Ya no tan fácil.

La física cuántica nos pone frente al hecho que la mirada del sujeto cambia al objeto y éste a la vez modifica al observador. Y así continúa la vida ¿cuántas dimensiones tiene esta realidad? Y para complicarlo un poco más, también contamos con dimensiones virtuales.

También podemos contar como con teorías tales como la del caos, donde el batir de la alas de una mariposa en un lugar determinado, puede producir un ciclón a varios miles de kilómetros, lo cual es matemáticamente demostrable.

Pareciera que las viejas divisiones del universo en sujeto y objeto, mundo interior y mundo exterior, cuerpo y alma –entre otras tantas- ya no sirven, resultan obsoletas. El objeto a investigar, ya no es la naturaleza, sino que está sometido a la interrogación de los observadores, es decir de nosotros, y es entonces que el hombre se encuentra enfrentado a si mismo.

Para los humanos, vivir es interpretar, no hay objeto sin una pre-comprensión del objeto. Hoy reconocemos que objeto y sujeto, forman parte de una red, de una trama común; la de la comprensión. Algo así como si las consecuencias de nuestra manera de pensar, fueran reflejadas

por el mundo que nos rodea. Pareciera que el universo es una máquina interactiva perfecta.

La historia del hombre, es la historia de la búsqueda de fundamentos sobre los cuales construir y construirse. Cuando estos escasean y se establece una inseguridad existencial, la necesidad de encontrar aquellos basamentos se hace cada día mayor.

Es entendible que frente a esta hiperinflación de dimensiones, los paradigmas de ayer hagan agua, siendo necesario otros que puedan sostener esta nueva era, la cual por cierto, se encuentra en equilibrio inestable.

Durante siglos, el pensamiento occidental permaneció fiel a la enunciación de los primeros filósofos que sostenían que la realidad se da a los sentidos como un caos, como un conjunto de entes contradictorios, como un enorme sinsentido. Pero esta realidad es la mera apariencia de un orden –el cosmos- que escapa a los sentidos, de un sabio equilibrio.

La realidad pues, el cosmos, a diferencia del caos, es una estructura organizada, perfecta, jerarquizada que hay que descubrir tras la engañosa máscara de las apariencias.

Tal vez debiéramos probar aprehender la realidad prescindiendo del tamiz de la razón y librándonos del prejuicio humanista que concibe al hombre como punto crucial donde converge todo el universo.

Suena tragicómico, un hombre que desconoce su propia realidad y por consiguiente otras realidades, centrándose como ombligo del universo.

En el siglo VI, AC, Jenófanes sostenía que los dioses no revelaron a los hombres todas las cosas, pero que estos por su propia búsqueda fueron hallando y hallando parte de aquello que le fuera negado en un principio.

Buscar, de eso se trata, realidades e irrealidades. Pero ¿cómo diferenciar unas de las otras si de repente no se distinguirlas?

Supongamos que somos antropólogos y en una excavación encontramos restos humanos. Con la experiencia, las dataciones posibles gracias a los avances tecnológicos y una serie de patrones, nos permiten asegurar que este homínido vivió hace tanto tiempo, se alimentaba de tales cosas y casi como se llamaba y como le decían sus amigos. Bien, es real, aquí lo tenemos.

Ahora, supongamos que estamos frente a un valor ético, moral, que nos sacude el solo hecho de enfrentarnos a él ¿es real? ¿Cómo puedo datarlo? ¿Quién le dará el rango de real? ¿En que dimensión de la realidad se encuentra?

Desde ya que tanto desde la antropología cultural, pasando por la sociología, la psicología, y hasta por la astrofísica, todas estas ciencias – por solo nombrar algunas- se adjudicarán las respuestas *reales* a tales preguntas y entonces aparece de nuevo el conflicto ¿qué es la realidad?

Tratemos con el método de fraccionar algo grande en porciones más

Pequeñas. Veamos: comencemos con tratar de ubicar euclidianamente la realidad ¿Dónde comienza y donde termina? Determinémosla por sus límites, de aquí hasta allá. Como un terreno, empieza en este alambrado y termina en aquella línea de arboles. Puedo medir la distancia mediante pasos, cintas métricas, un teodolito o un sofisticado laser. Bien, la distancia es ésta, con un error de más menos tres centímetros. Tarea cumplida. No tengo dudas al respecto de esta realidad.

Pero ¿siempre la realidad comienza en algo tan tangible como un alambrado? Y si fuera así ¿no puedo acaso dudar de la realidad del alambre? El método comienza hacer agua.

Probemos aceptando que la realidad es lo que es, esto que tengo aquí, frente a mí. Pero ¿es real éste dogmatismo de aceptar la cosa porque sí? Ya no solo dudo sobre lo real sino que también lo hago sobre las metodologías para abordar lo real. Ahora dudo de los caminos que pudieran conducirme a la realidad y por consiguiente de las dimensiones de ésta.

Vayamos al diccionario. *Dimensión: Cada una de las magnitudes de un conjunto que sirven para definir un fenómeno./ Producto de las potencias de las unidades físicas fundamentales que sirve para definir otra unidad derivada./ Longitud, masa y tiempo./ Extensión de un objeto en una dirección determinada.*

De esta manera el Espasa de la lengua española define la dimensión. Claro ningún diccionario define cuales son las dimensiones de la realidad, ni tampoco me seducen las definiciones que dan de lo real, así que dejo al lector la inquietud de buscar por allí definiciones sobre el particular.

Pero volviendo sobre el camino de los primeros filósofos, como llegar a la verdad es complejo para los mortales, tratemos de acercarnos a lo real por algunas de sus dimensiones.

Supongamos que existe una dimensión de la certidumbre, algo semejante a un sentimiento de que "esto es", y se me sugiere que puedo estar frente a algo real. Desde ya que el lector me preguntara que si dudo de lo físico, de lo tangible, en síntesis de lo que tengo allí frente a mi, como puedo confiar en algo tan subjetivo e inmensurable como un sentimiento, una corazonada. La verdad no tengo respuesta, pero probemos.

¿Cómo puedo saber que es real este sentimiento que tengo por alguien? No puedo medirlo, no puedo pesarlo, no puedo inscribirlo en un volumen determinado, ni siquiera lo puedo ver. Sin embargo una sensación de certidumbre me dice que es real, que no puede ser de otra manera. Si es cierto que el corazón tiene razones que la razón no entiende, nuevamente estoy en manos de algo que escapa de mi control, no obstante la sensación de realidad continúa, si, siento esto y es real. ¿Cómo es esta dimensión no espacial, atemporal, casi irracional que me hace sentir que esto que me pasa es real?

Y entonces comienzo a pensar que lo real, tal vez lo sea para mí, más allá de la realidad. Tal vez empiezo a entender que aún el campo de lo ilusorio tenga estatuto de realidad. Entonces comienzo a cuestionar las definiciones del diccionario, o simplemente puedo agregar otras sin ser excluyentes las anteriores. *Dimensión: sensación sobre la existencia de cierta magnitud no comprobable.* Suena muy loco ¿no?

Pero si desde lo tangible no podía asegurar que lo real es real, porque no probar desde otro ángulo.

Alguien podría decir que realmente lo que estoy proponiendo ya no es buscar las dimensiones posibles de la realidad, sino que comienzo a adentrarme en el campo de la ilusión. Y entonces me pregunto y le pregunto ¿es real la ilusión?

Otro podrá esgrimir la idea que si irrumpo en el camino de la ilusión, estoy poniendo en juego el deseo. Y vuelvo a preguntar ¿es real el deseo? ¿Puede pertenecer a la órbita de lo real aquello que no tengo posibilidades de "medir de ninguna manera? Si la respuesta fuera si, entonces el campo dimensional daría un giro de ciento ochenta grados, ya que el concepto de dimensión y realidad acariciaría otro costado.

El gran conflicto del hombre es la multiciplidad, la cual, si bien resuena como un canto seductor de muchas posibles opciones, es también el punto de partida de la dispersión y la angustia, porque estoy en todo, pero nada me contiene.

Sartre definía al hombre como "una pasión inútil", Nietzsche como "el animal enfermo", pero para Pascal el hombre "es el único ser que sabe que va a morir". Y esto último le otorga una cierta superioridad, pues tener conciencia de su propia muerte lo lleva a interrogarse sobre si mismo.

Pero el conocimiento no se justifica a si mismo. Siempre existe a priori un mundo de creencias, de valores, de paradigmas que anteceden al conocimiento y que produce tanto satisfacciones como dudas al hombre. Y estas posturas a priorísticas serán las sendas que conducirán a aquel "interrogarse a si mismo" que plantaba anteriormente.

La pregunta ahora es ¿cuánto de verdad, de real, tiene el a priori que me conduciría a lo real? Si usted tiene una respuesta, me encantaría escucharla.

Busquemos otra dimensión para acercarnos a la realidad, para mí la más interesante, la más seductora y como tal también la más terrorífica: el tiempo. Kronos, aquel que se comía a sus hijos, aquel quien devoraba todo a su paso, aquel que había castrado a su propio padre, . . . aquel que todo lo ve pasar.

La modernidad, eso que comenzó con la revolución industrial y llega hasta hoy –si bien esto último está en discusión- concibió la concepción

del tiempo como lineal, continuo y fundamentalmente homogéneo. Era bastante lógico ya que la cosmovisión newtoniana consideraba a la dimensión temporal como absoluta.

Desde este punto de vista una hora es igual a cualquier otra hora, es decir sesenta minutos de sesenta segundos cada uno. Por supuesto, la teoría de la relatividad impactó fuertemente sobre el concepto del tiempo, ya que se cuestiona ahora las variables de absoluto y de simultaneidad.

Pero más allá de la física y sus avances, lo real –si se lo puede llamar de esta manera- es que para los hombres el tiempo no es homogéneo. El fluir del tiempo humano, es una sucesión de situaciones discontinuas, muy diferentes las unas a las otras y distintas para los diferentes hombres involucrados.

Si hubo un pensador que dedico su vida a filosofar sobre el tiempo, ese fue Bergson. Según el, existe un tiempo medible, pero este no es tiempo sino espacio, pues en síntesis es la medición del movimiento de las agujas del reloj en un cuadrante, en un espacio. Este tiempo es para este autor, la negación misma del tiempo. Como decía Borges "las tardes a las tardes, son todas iguales".

Pero el tiempo real humano es sin más la vivencia, imposible de medir con un reloj. Porque las horas se repiten pero las vivencias no. Y es eso precisamente lo que hace que las tardes a las tardes, afortunadamente, sean "todas distintas".

Somos tiempo, tiempo que pasa. Y como animales temerosos que somos, reducimos el tiempo al espacio como para dominarlo en calendarios, cronómetros, relojes y cuanta maquinaria podemos inventar. Parece estúpido, pero estupideces es lo mas hacemos los hombres cuando no sabemos que hacer y muchas más cuando tenemos miedo.

El tiempo es extraordinario y lo extraordinario molesta o mejor dicho, asusta.

Ya los griegos anteriores a los padres de la metafísica –Platón y Aristóteles- habían reconocido el carácter heterogéneo del tiempo humano y contaban con un término específico para ello: *Kairos*. Este era el tiempo justo, el que reconoce el valor de una acción.

A diferencia de Kronos, el físico-matemático, medible, donde todo es devorado porque todo es igual y le da igual, Kairos es el intuitivo, el ocasional, el vivencial.

Kairos supera ampliamente el espacio y la materia y tal vez la muerte misma ya que se encuentra más allá del lapso alfa-omega. Es el tiempo donde un minuto puede ser un siglo y donde un mes puede resultar solo un segundo. Es el tiempo que nos hace realmente humanos, el de las sensaciones, el del amor y también el del sufrimiento.

Como dijo el poeta, Kairos, es quien hace que un beso sea diferente a todos los demás besos. ¿Mejor metáfora?

Desde ya una dimensión inmensurable, y tal vez mas real de la que puedo medir con mi reloj. Una dimensión que me hace sentir vivo, y estar vivo se parece bastante a la realidad.

Espacio, tiempo, vida, muerte, besos, sufrimiento ¿dimensiones de la realidad? Tal vez.

De dimensiones hablamos, entonces no puedo dejar de lado la controversia racionalismo-empirismo, para ver si nos arroja algo de luz sobre lo que estamos tratando.

El racionalismo, encabezado por Descartes, priorizaba el poder de la razón como método efectivo para acceder y descubrir la verdad. Hume, en cambio, abanderado del empirismo, sostenía que la experiencia es el camino para llegar a la verdad y esta experiencia es sin más, registrar por los sentidos lo que sucede en nuestro entorno.

El racionalismo pone como protagonista el papel de la mente, el intelecto. Este de cierta manera construye el mundo, los datos solo son materia prima y los sentidos son por demás engañosos. Por lo cual no se puede confiar en la experiencia, sino que hay que tamizarla por la razón.

Y mientras esta corriente prevaleció en el continente europeo, en Inglaterra el empirismo ocupó el cenit del pensamiento, sosteniendo sin más que el conocimiento se origina en la experiencia, dando obviamente el fundamento del saber científico.

De dimensiones y realidades hablamos. La historia de la humanidad de una u otra manera, a través de tal o cual método, siempre estuvo y estará en busca de lo real. Y usted ¿se enrola dentro de alguna de las posiciones planteadas? En lo personal aún ninguna me cierra del todo, tal vez porque desde la antigua y siempre presente metafísica hasta la posmodernidad, en todas hay variables que no puedo encajar. En algunas ubico el tiempo y el espacio sin más, en otras los sufrimientos y los besos, en algunas la vida por fracciones y en otras la muerte o partes de ella.

Sí, las dimensiones de la realidad son múltiples y tal vez sea precisamente eso lo que nos lleva a la búsqueda constante de lo real y el no encontrarlo se va transformando en un karma difícil de superar. Al humano se le sugiere por momentos un absurdo el hecho de dudar de la propia realidad, tanto de la inmediata como de la mediata. Tal vez sea este uno de los puntos que han llevado a definir al hombre como "el animal enfermo".

Pero volvamos sobre el ideal, ya se que usted pensará que el tema es lo real, pero volvamos por otra dimensión. Yo me constituyo sobre esto que soy o al menos que creo que soy. Mi cuerpo con todo lo que ello incluye, mi entorno – el cual en parte yo construyo- mis ideas y mis ganas de hacer tales o cuales cosas.

Mis ideas, mis voluntades, ese volcán que llevamos dentro y que a veces se desborda ¿no son acaso mi realidad? ¿no podría acaso vivir o morir por ello? A eso, a este ideal me refería, a este tan real. A este que hace que el hombre, que usted y yo, avancemos día a día, a que nos juguemos, a que perdamos y también ganemos, a que por momentos nos podamos sentir casi dioses, como diría Tagore, mirar a la eternidad y a la infinitud directamente a los ojos, cada uno desde nuestro propio trono. ¿Esto no es real? Y si no lo fuera, resulta que si lo es para mí y es en este preciso instante cuando todas las dimensiones se aúnan en un sentir, en lo que yo siento, en síntesis, en lo que me hace que yo sea esto, mas allá de mi biología y el medio, este sentir me constituye como un ser único y a la vez en equilibrio con el universo.

Cuando siento angustia, amor, piedad, congoja, estoy en el plano de la realidad, mas allá que no pueda medir estas sensaciones. ¿Acaso cuando usted atraviesa alguna o todas estas sensaciones duda de la realidad de la presencia de ellas? ¿me pregunto si algún dolor físico, por muy terrible que sea, puede doler tanto como los sufrimientos del alma? Sin embargo el primero puedo medirlo hasta con aparatos sofisticados y medicarlo en consecuencia y adormecerlo. ¿Pero con los otros, con aquellos que no puedo mensurar y ni puedo anestesiarlos?

Claro, si continuo por este camino, usted paciente lector, ya estará pensando que voy a terminar sosteniendo que la realidad es lo ideal ¿y porque no? Después de todo si sobre esto último me construyo, quizás deba comenzar a replantearme el verdadero concepto de realidad.

La búsqueda de lo real es una constante histórica, una búsqueda apasionada, que por momentos puede transformarse en el comienzo de todas las tormentas del espíritu humano. Desde que el hombre tiene conciencia, el absurdo resulta intolerable y descubrir la realidad es en parte ponerle fin al sinsentido. Desde ya, una tarea quimérica.

Lo titánico de esta tarea es precisamente lidiar con todas las dimensiones que la realidad puede llegar a tener. Y es en este punto, donde comienzo a deslizarme por la orilla de lo ideal, que a medida que envejezco, se me sugiere que es lo mas real de la vida. Sí, como sostuve anteriormente, aquello que no puedo medir y que sin embargo su presencia es de un peso contundente, imposible de ignorar.

Aquello que en síntesis, me diferencia del resto de los mamíferos. Porque yo humano, soy el único animal que puedo construir mi realidad, aún cimentándola sobre lo ideal.

Ideal que es el producto de ideas, de deseos, de ambiciones, de todo eso tan humano que no puede encontrarse ni generarse en ninguna otra especie.

Me pregunto si cuando el hombre comienza a perder aquellos valores a los cuales me referí páginas atrás, puede concebir lo real o si simplemente capta percepciones deformadas. El humano puede ir perdiendo sus valores por mil situaciones diferentes, desde un campo de concentración, frustraciones, pérdidas de diferentes ídoles hasta por la manipulación de los medios como sucede en la realidad. De hecho parece que "el deber ser, hacer y querer" viene desde los medios. Se trata de distraer a una manada de imbéciles para conducirlos hacia la mediocridad, y convengamos que viene dando resultado. Por supuesto todo desde el punto más racional posible, por eso en "Ensayo sobre la ceguera", Saramago sostiene que la gran ceguera del hombre actual es la razón, claro, una razón dirigida por los dominantes del sistema, que llevan a que veamos una realidad prearmada una realidad virtual.

La empresa de vivir no descansa sobre las maravillas que día a día descubre la ciencia ni la razón pura, sino en una red tejida entre razones y sentimientos. Hemos vivido los últimos tiempos con un exceso de fe en la razón.

A veces pienso que los hombres debiéramos cambiar el modelo de la ciencia de la vida por el arte de la vida, que se me sugieren dos cosas diferentes.

Los grandes cambios nacen a orillas de la muerte, de la pérdida. Y en esta época que nos ha tocado vivir estas dos maestras están ausente de los debates en todos los estratos, algo así como una negación neurótica de la pérdida. Se pasó en pocas décadas, del sólido y duro pensamiento existencialista de Heidegger o Camus a una derrota del pensamiento o a lo que genialmente llama Rojas, la vida light, una travesía hacia lo liviano y superficial.

Una cultura que vive de espaldas a la muerte, esquiva una de las dimensiones esenciales de la vida, de la realidad. Al negar el indeclinable final de la vida, obviamos preguntarnos ¿qué sentido tiene la vida, es decir mi vida? Saber para que se vive y para que se muere, ignorar esto es demasiada omisión, demasiada. Plantearse las dimensiones de la realidad en una época confusa, donde los conceptos importantes tienden a ser falsificados por un uso ligero de ellos, es complejo.

La ética moderna -¿o posmoderna? se caracteriza por sus dos hijos predilectos: el consumo y la permisividad, los cuales nos ponen de frente a una realidad muy sesgada. Una realidad donde lo accidental se convierte en substancial.

***Malos tiempos corren cuando hay que enfatizar lo obvio.***

Volvamos sobre los hijos de este período que nos toca vivir, de hecho como dice el poeta, no hay otro tiempo que el que nos ha tocado. Hablar a estas alturas del consumo ya sería redundar, la sociedad de consumo necesita de él, y de consumir se trata, de todo y cuanto más mejor. Pero de la permisividad no se habla tanto, claro, puede ser irritante.

Desde ya que existe una relación biunívoca -y por que no perversa- entre consumo y permisividad. Esta última es precisamente la que permite

la voracidad del anterior y todo tipo de transgresión. De hecho, cuando todo me lo permito, ya no hay barreras entre el deseo, el imaginario y la puesta en acto del tema. Ya no juego con mi fantasía, no, la actúo. Y según cual fuera ella, el costo puede ser sumamente caro.

Aparece entonces otra dimensión de la realidad, enmarcada esta vez por los límites que pongo –o me pone o deja de poner el contexto -. Nuevamente donde comienza y donde termina la realidad. ¿Qué realidad? Y entonces me pregunto ¿puede que la realidad de hoy sea diferente a la realidad de ayer o incluso a la de mañana? De ser así, podría entrar en un universo de miles de realidades todas diferentes entre ellas y a su vez diferentes frente a mí.

Hoy es difícil pasar un día sin escuchar hablar de la “realidad virtual”. Sería algo así como eso que esta allí pero que realmente no está allí. Yo me comunico con usted pero la verdad es que no es usted. Sumamente sencillo. Lo entiende hasta una criatura de cinco años ¿no?. Tan simple como ver el paquidermo dentro del estomago de la gran serpiente. Así de simple, de una simpleza que ya raya en el absurdo.

No obstante, cada tanto me encuentro con adultos de más de cinco años y no logran comprender este concepto tan elemental de que lo que está, en síntesis no está.

El síndrome por exceso de información, por el desbordamiento y saturación, conduce sin más a la confusión generalizada.

Por eso para colaborar con esta confusión se me ocurre sugerir que debe existir –por oposición- una “ virtualidad real”. Lo cual es muy simple de entender: eso que no parece real, en realidad sí lo es. Supongo que entendió ¿no?

De hecho si entendió, en algún lugar de este libro, aparecerá mi dirección de mail, con lo cual espero que me escriba y le agradecería que me cuente de qué se trata, porque yo a esta altura de los conocimientos ya dudo hasta de mi propia existencia.

No obstante, en mis cincuenta y tantos años, he visto muchas serpientes y elefantes, con lo cual es posible que llegue a ver algún día, como la primera se traga al mayor de los mamíferos terrestres. Una realidad que llevará mucho tiempo digerirla. Al igual que muchas realidades. Tal vez, seguirán pasando generaciones y generaciones y lo importante –la verdad, lo real- continúe siendo invisible a los ojos.

Como para Nietzsche, también para Saint-Exupery “el hombre no es más que una ruta”. Y la meta de ese camino, es el individuo heroico, sano y fuerte. El hombre en busca de la realidad, de la verdad.

El hombre en camino, –el Principito- muestra de modo inquietante la clave para comprender la actual situación del hombre. Como en pocos otros tratados, se ha descrito de manera tan evocadora el absurdo, el desamparo, la soledad. Por momentos Saint-Exupery, da una visión cruel de la desesperación que implica la búsqueda de lo real en un mundo en el que hasta las metáforas de la ilusión se cambian en imágenes de desgracia.

El Principito ha llegado de un lejano planeta y trata de entender la realidad de este mundo, que desde ya es familiar para nosotros. Comienza entonces su viaje interplanetario. Viaje que implica vérselas con una serie de personajes dueños de la verdad, instalados en sus realidades y con una incapacidad total de cambiar. Uno a uno estos “adultos” van mostrando al niño viajero la realidad del mundo –claro, de sus mundos- logrando solo confundir más y más al Principito.

Lo común a todos los personajes de los diferentes planetas que el protagonista recorre, es que parecen encontrarse bajo efecto de trance, de una parálisis que solo conduce a perseguir metas absurdas, pero que estos actores consideran sublimes y de una realidad total, de la verdad superior. Metas a las cuales entregan su vida sin más, sin replantearse siquiera si valen la pena. Metas que son sin más lo único real.

El efecto que esto produce sobre el Principito es atroz, pues al solo poner los pies en estas tierras, lo hace sentir en tela de juicio. Y por consiguiente cae en la duda. Nadie puede vivir si no es un vivir para algo y hasta ahora ese algo era para él la rosa de su pequeño planeta. La había tenido siempre como incomparable, la había percibido como un milagro único. Como su única verdadera realidad. Pero después de haber pasado por un campo lleno de rosas, se le pone de frente inexorablemente la comparación y allí su vida, su realidad se ve amenazada de inseguridad.

Siente el derrumbe de lo que había creído antes absolutamente, algo que había venerado y de repente aquello no es más que un ejemplar de una especie que puede producir más y más rosas. Allí cuando lo real se cae, el joven se siente huérfano, ya no sabe que más es la realidad. La singularidad de su rosa era para sí, el sentido de todo el mundo.

Pero es aquí, donde tal vez el personaje más interesante del libro juega su carta: el zorro. Este no dice nada esencialmente novedoso, pero le advierte al Principito que la singularidad de su rosa, no es una cualidad exterior y objetiva, sino que resulta de una actitud del alma, solo perceptible desde adentro. El zorro le muestra el peligro de la superficialidad y en que consiste lo especial de su rosa. Lo convoca a entender que él forma parte de la realidad de la flor y que esa realidad a la vez lo constituye a él.

El ideal formando parte de lo real, en una relación biunívoca imposible de escindir, una aleación que da como resultado un metal más resistente que sus componentes originales. ¿La realidad?

El camino de la cultura no es precisamente un camino natural, muy por el contrario. Y hacer este camino es una misión del hombre, que consiste en evitar la caída en el mundo determinado por el instinto. El trabajo es pues, crear un mundo artificial con las características de protección, y aseguramiento de las necesidades para proteger a la especie.

Este mundo artificial humano, esta tierra mediata, creada por el humano para su propia especie, constituye una tarea constantemente renovada. Es decir con realidades recicladas en un ciclo de eterno devenir. Una realidad cambiante, con lo cual es posible que la realidad de ayer, sea significativamente diferente a la de mañana. Y por consiguiente a la de hoy.

Pero de todas estas realidades, existe una de la cual solo el hombre es consciente – mas allá de su capacidad de negación- solo él es único ser que puede conocerla: la caducidad de lo terrenal. El hombre no escapa a la muerte, pues al conocer el fin obtiene su individualidad con tanta mayor intensidad cuanto más contemple la temporalidad de la vida.

El hombre sabe que muere, sabe que al final de la vida se encuentra un abismo, la oscuridad, y esto va más allá de las posturas religiosas.

Y esto lo lleva a convertirse en un ser problemático, viviendo en un desasosiego casi constante.

Es lógico pues, que el planteo ¿qué es lo real? se imponga una y otra vez a lo largo de la ruta de la vida.

Con la muerte tal vez, se anule el ego y las vinculaciones con el mundo. Nuestra sociedad por esencia carece de enseñanza para la muerte y por consiguiente pone todo el énfasis existencial en factores materiales de uso e inmediatez. La muerte resulta casi extemporánea, al igual que la vejez, la enfermedad, la pobreza, en síntesis aquello que se aleje de la juventud eterna, del consumo y del poder terrenal. Bajo el empuje de los valores hedonistas y narcisistas de la sociedad actual, los referentes se vacían de su substancia y los valores que estructuraban la vida ya no inspiran respeto y por consiguiente se transforman en fantasmas que deben ser ocultados.

Pero el hombre sabe que es mortal. De allí que el morir mereció, a partir de ciertos desarrollos metafísicos, atención preferencial, siendo el cenit de ello seguramente el Libro de los Muertos de los antiguos egipcios y el famoso Bardo Thodol de los tibetanos. Textos que ofrecían técnicas y ayuda para afrontar a la muerte.

La muerte es una dimensión inexorable de la realidad. Hoy, son muy pocos los que dedican algunos segundos a reflexionar sobre la muerte y por consiguiente cuanto implica esta para lo real de la vida. Desde lo racional sabemos que algún día moriremos, pero desde lo emocional, solo lo negamos, como si bien supiéramos algo pero no lo aceptamos.

La historia de la humanidad nos muestra que son muchísimas las culturas que han integrado la muerte a la vida y por demás en forma benéfica. Quizás porque nuestros ancestros vinculaban a la muerte con lo sagrado, pero hoy la muerte nos pone nerviosos, como si lo sagrado se convirtió en molesto.

Nuestra cultura generó el delirio de la inmortalidad y de esta manera nos oculta la muerte -esquiva la realidad- para perpetuar el triunfo del tener sobre el ser. No obstante, algunas realidades parecen que se imponen por su propia presencia, de hecho nadie salta fuera de su sombra.

De hecho no sabemos como son las cosas realmente, sólo sabemos como las vemos, oímos, sentimos, es decir como las interpretamos, vivimos pues en mundos interpretativos. La verdad -lo real- es entonces la pretensión de que las cosas y los hechos sean como decimos, como queramos que sean.

Planteaba Heidegger que no podemos separar el ser que somos, del mundo dentro del cual somos. Desde ya que al plantear esto nos encontramos dentro de una dimensión ontológica de la existencia humana.

Páginas atrás me referí a dimensiones de la realidad, como las temporales, espaciales y fundamentalmente a "lo ideal". Abordemos ahora una dimensión fundamental del ser humano, eso que lo hace precisamente humano, que lo diferencia radicalmente del resto de los seres del reino animal: el lenguaje.

También sostenía Martin Heidegger, que el lenguaje es la morada del hombre y que por lo tanto, nuestras historias, estructuradas en el lenguaje son como edificios que cobijan al hombre. El lenguaje es un finísimo filtro para nuestras experiencias y de hecho algo así como el basamento de la cultura donde estamos insertos. Por un lado canaliza los pensamientos facilitando situaciones, mientras que por otro genera dificultades.

El universo se caracteriza por la multiciplidad, es tan rico y variado como queramos verlo, sentirlo y hacerlo, y el lenguaje que heredamos desempeña un rol preponderante dirigiendo nuestra atención hacia tal o cual parte.

Es importante aclarar que las palabras son interpretaciones de experiencias, pero que la experiencia no es la realidad y a su vez que la

palabra no es la experiencia. Si estamos de acuerdo en esto, resulta que el lenguaje está a dos movimientos de la realidad.

El homo sapiens es por definición un animal gregario y lingüístico. Vive dentro de las redes del lenguaje y –por suerte o desgracia- no hay manera que pueda salir de ellas. La interpretación del mundo, de sus contingencias se traducen en lenguaje, parafraseando a una de las principales discípulas de Lacan, Francoise Dolto: “todo es lenguaje”.

Desde que nacemos somos introducidos en el mundo del lenguaje. Este nos otorga una definición, una consistencia, una cierta identidad, una imagen de uno mismo y del entorno. En síntesis, nos constituimos mediante el lenguaje. Mediante éste construimos historias y éstas funcionan como refugios para los hombres. Estas narraciones se convierten en nuestro cobijo, de hecho no existe sociedad que se encuentre albergada dentro de estructuras compuestas de narrativas. Son aquellos discursos históricos componentes de toda cultura y que en parte condicionan la manera de ver la realidad. Y por consiguiente de darle algún sentido a la vida, de construir redes dentro de las cuales los humanos transitamos nuestras vidas.

De allí que mediante el lenguaje creamos un mundo compartido, un mundo con los otros y con nosotros mismos. Con nuestras conversaciones creamos cultura y por consiguiente realidades .

Todo, absolutamente todo lo humano es dentro del lenguaje.

El lenguaje –tanto discursivo como corporal- es un arma poderosísima pues crea, como planteamos anteriormente, realidades y en estas *realidades creadas*, transcurre nuestra vida. Claro la realidad que uno experimenta es *su realidad*. Esto nos lleva a hacer una distinción entre afirmación y evaluación. La afirmación sobre un hecho determinado, puede ser verdadera o falsa. Evaluar en cambio, implica un alto nivel de subjetividad que no se da en la afirmación. Evaluar significa fundamentalmente, explicar y explicarse. Y este explicar sustituye al “hecho”, es lenguaje y por consiguiente está cargado de todas aquellas variables cargadas de interpretaciones y por consiguiente de subjetividades. Vivir en mundos interpretativos, implica un alto nivel de parcialidad y es entonces que me planteo que es la realidad, sino otra cosa de lo que quiero que esta sea.

“ Palabras, palabras, todo se transforma en palabras”, una vieja frase de un viejo poeta, de allí que Nietzsche sostenía que: . . . “los seres humanos son animales que hacen promesas”.

Y si coincidimos con Castaneda en el Don Juan, que las cosas no cambian, sino lo que cambia es como uno las mira y por consiguiente como las pongo en palabras, la realidad se me reduce a una dimensión lingüística.

Pero el lenguaje humano lleva escondido un arma mortal; el hombre es el único animal que puede dar mensajes falsos, que puede mentir. ¿Y si durante nuestra evolución fuimos creciendo insertos en estructuras que

falsearon una y otra vez la realidad más allá de lo que fuera ésta? De hecho existe la posibilidad de ello fuera de esta manera.

Durante siglos, la realidad era que todo el universo giraba alrededor nuestro. La teoría geocéntrica era la verdad y no suponía duda alguna. Nadie soportaba simplemente la idea de que no fuera de esa manera. Durante milenios se sostuvieron posiciones que a quienes sólo dudaban de ellas, su fin era el cadalso. En síntesis, la historia de la humanidad está colmada de "realidades", que con el tiempo no fueron tan reales. El mundo del lenguaje las sostenía en el trono de lo irrefutable, y el mismo lenguaje las lapidaba. Por supuesto en ambos casos, apuntalado con todas las armas que la razón, la fe y el conocimiento proporcionaban.

El problema radica, en que todo lo dicho, siempre es dicho por alguien, lo cual acarrea dos conflictos, el primero es la interpretación de ese "alguien" de tal o cual situación; el segundo, es que ese alguien esta escondido detrás de lo que esta diciendo.

Si vivimos pues, en mundos interpretativos, debemos abandonar toda pretensión de acceso a la verdad, a la realidad. Continuando con este razonamiento, concluyo que lo real termina siendo un juicio que realizamos sobre una determinada proposición lingüística que atribuimos a algo. ¡Vaya problema!

Los seres humanos no somos entelequias fijas e inmutables. Siempre estamos en un proceso permanente de devenir, de reinventarnos . Como escribiera Shakespeare: "sabemos lo que somos, pero no sabemos lo que podríamos ser". Nada más lejos de mi intención, que corregir al gran poeta ingles, pero en lo personal también dudo si sabemos lo que somos.

En su tesis sobre Feuerbach, Marx señalaba que los pensadores solo se habían dedicado a interpretar el mundo, en vez de transformarlo para mejor. Y la capacidad de transformación viene de la mano del poder de nuestras interpretaciones.

Entonces puede ser que la búsqueda de los universales absolutos -las verdades únicas- capaces de estructurarse por sí mismos, sea una tarea vana. No obstante, la búsqueda de lo real, resulta para los seres humanos, un tema del que requiere hacerse cargo y del cual no nos podemos abstraer, del cual no podemos descansar. Esta condición de desgarramiento existencial viene dada por encontrarle un sentido a la vida, pues al conferir este sentido somos seres actuantes, responsables, en síntesis humanos.

Desde ya que buscar dentro de un sistema donde los cambios vertiginosos operados en todos los ámbitos, más el bombardeo de información, sumados a la fragmentación de los conceptos primordiales y a un desbordamiento por saturación por todo y en todo, no puede menos que producir confusión. En la posmodernidad todo arde, todo. Y en una

hoguera, justo en el centro de ella, es imposible meditar sobre la vida. En la hoguera pareciera que lo único real es al fuego y el dolor que éste causa.

Dentro de este fuego –fatuo por cierto- solo podemos distinguir parcialidades. Algunas llamas, cenizas esparcidas, humo, oscuridad, dolor. Pero carecemos de la posibilidad de ver la vida como una totalidad, como una unidad.

¿Cómo distinguir la realidad entonces cuando solo percibimos parcelas en vez de un extenso territorio?

Hace algunas décadas, Konrad Lorenz sostenía: “. . . incluso en el hombre civilizado adulto, cuando un hábito está muy enraizado, evitarlo resulta mucho más difícil de lo deseado. Aunque el hombre no ignora que aquel hábito tiene un origen puramente fortuito y que el hecho de alterarlo no engendre ningún peligro, una excitación llena de ansia, le empuja a serle fiel”. El hábito adquirido se convierte en una característica de nuestra personalidad y desde la puesta en cuestión hasta la modificación, presenta muchas dificultades.

Por otra parte, esos hábitos desarrollan en cada uno de nosotros una visión particular del mundo. En síntesis una visión parcializada de percibir la realidad. Algo así como encontrarse en la hoguera a la que me refería líneas atrás.

¿Qué es pues la realidad? Si como planteaba Macbeth, que la vida es un cuento contado por un idiota, quizás esta idiotez de la realidad como ya plantaban los metafísicos, no se encuentre aquí sino en otra parte. La dialéctica de la metafísica es fundamentalmente una dialéctica del aquí y de la otra parte, de un aquí del que se duda y de otra parte donde se cuenta con la veracidad. Una dialéctica que busca un sentido, una realidad más allá de las apariencias, de las máscaras, de lo obvio.

Puede que como sostenía Malraux, “el problema capital del hombre consista en captar la otra cosa”, o la sentencia romántica de Wagner: “nuestro mundo no está aquí”.

Tal vez como planteaba Einstein, lo importante es no dejar de hacerse preguntas, más allá de encontrar las respuestas. Pero en el fondo, todos quisiéramos ver el elefante dentro de la gran boa, aunque el sombrero también fuera real.